

11 septiembre 1973: derrocamiento y asesinato de Allende. 30 septiembre 1974: asesinato del que fuera su directo colaborador, el general Prats. Dos eslabones de una trágica cadena todavía inconclusa y de consecuencias imprevisibles, pero que ahoga mientras a Chile en un baño de horror y desesperación. Los dos extremos de la cadena los sujetan las mismas fuerzas, el imperialismo norteamericano y una oligarquía nacional a su servicio, que han forjado principalmente los magnicidios contemporáneos cuando no queda otra opción para frenar el ímpetu revolucionario de un pueblo. A través del minucioso desenmascaramiento de la burda trama del «suicidio» de Allende, R. Rojas nos desvela los entresijos de tan aleccionador proceso político. No enjuicia, suministra elementos exhaustivos para que el lector extraiga sus propias conclusiones y restituya los verdaderos perfiles a sus protagonistas: desde los militares, que prepararon hasta siete golpes de Estado en complicidad con el Pentágono y la democracia cristiana, hasta un presidente contemplado desde un agudo tamiz crítico. Y que sin perder su condición de símbolo, aparece con las inevitables limitaciones de su reformismo ante el doble frente de un aparato estatal burgués y la presión combativa de las clases populares.

Robinson Rojas

Estos mataron a Allende

Reportaje a la masacre de un pueblo



Ediciones Martínez Roca, S. A.

1.ª edición: octubre 1974

© 1974, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Avda. José Antonio 774, 7.º, Barcelona-13

ISBN 84-270-0266-1

Depósito legal: B. 40.105-74

Impreso en Gráficas Universidad s. a.
Arquímedes, 3 - San Adrián de Besós

Una explicación necesaria

Este es un libro de denuncia. Y como tal, tiene la forma de una larga crónica policial. Es la historia de un asesinato. Del asesinato de un hombre, de miles de seres humanos y de las ideas de esos seres humanos. Es la historia del asesinato del Presidente Constitucional de Chile, el doctor Salvador Allende Gossens. Y por eso mismo, sus personajes principales son los asesinos, sus costumbres, sus ideas, sus reuniones, sus planes y sus conspiraciones.

El lector no encontrará explicaciones en este libro. Encontrará hechos, encontrará actitudes de los personajes principales. Y porque este libro está escrito por un periodista, chileno, de izquierdas, participante a su manera personal en el proceso que vivió Chile entre 1970 y 1973, el lector también encontrará un Salvador Allende distinto al de los discursos fúnebres, estatuas, afiches y homenajes mundiales. Un Salvador Allende despojado de la máscara de la perfección, de «todo lo que hizo lo hizo bien», con que lo han querido presentar muchos.

Salvador Allende murió como un héroe; eso no lo duda nadie en todo el mundo. Ningún hijo de la tierra chilena ignora que Allende murió combatiendo conscientemente, sin esperanzas de

salir vivo de la situación, si no se rendía. Y no se rindió. Así mueren los héroes y así murió Allende. Así murieron también miles de chilenos defendiendo la democracia aplastada por los tanques, carros blindados, aviones de combate y ametralladoras manejados por los militares insurrectos. Allende dijo una vez: «Que lo sepan, que lo oigan, que se les grave profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el Gobierno Popular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.»

Y lo acribillaron a balazos.

Antes de morir, horas de antes de morir, en un discurso para su pueblo y ya bajo el fuego mortal de los generales y almirantes insurrectos, decía: «Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto.» Palabras de decisión de un hombre, de un héroe.

Pero Allende murió combatiendo bajo las ruinas de la democracia burguesa destruida por el fascismo. Y esas ruinas aplastaron a miles de chilenos obreros, chilenos campesinos, chilenos empleados, chilenos estudiantes, mujeres, niños y ancianos.

Y entonces, la dimensión heroica de Allende combatiendo toma la forma de un presidente vacilante, contradictorio, defendiendo una tesis política, la de «la vía chilena hacia el socialismo», con el peligro de abrirle paso al fascismo contemporáneo, el fascismo del imperialismo de los Estados Unidos.

Eso también lo encontrarán ustedes en este libro, lectores. Son hechos. Encontrarán cómo el pueblo que más tarde sería masacrado, no tuvo oportunidad de organizarse para detener al fascismo. Encontrarán cómo Salvador Allende, políticamente equivocado, junto con dirigentes de otros partidos políticos, también políticamente equivocados, abrieron paso al crecimiento del fascismo, a la preparación del fascismo para que asesinara al pueblo de Chile. Esos son hechos y este libro los consigna. Deber elemental de periodista. Y el autor lo es.

Este libro, en suma, pretende denunciar a los asesinos de Allende, que son generales y almirantes en Santiago de Chile, y también generales y almirantes en Washington. Pero también pretende denunciar la trágica y vacilante conducta de quienes se autotitulaban dirigentes del pueblo y lo dejaron inerme, impidiéndole incluso, en algunos casos, organizarse para la defensa del ataque fascista-imperialista.

En estos momentos, en las galerías 3 y 5 de la Cárcel Pública de Santiago y en la Penitenciaría de la misma ciudad, hay unos 700 presos entre clases, suboficiales, oficiales y soldados de las fuerzas armadas y carabineros de Chile, que se negaron a combatir contra el pueblo. Su dimensión, tan menguada en una fuerza armada de cien mil hombres, marca el resultado de la suicida política de Salvador Allende de impedir que el pueblo, con sus ideas y con su lucha, entrara en los cuarteles para combatir al fascismo en su propia cuna armada.

Estos son hechos, y es necesario que los pueblos del resto del mundo los conozcan. El pueblo chileno pagó con más de quince mil muertos, más de treinta mil presos, más de cien mil torturados brutalmente, más de doscientos mil cesantes políticos y más de treinta mil universitarios expulsados de las aulas por las fuerzas militares el aprendizaje de esta lección. Una lección que Carlos Altamirano, secretario general del partido socialista de Chile, el 3 de enero de 1974, en La Habana, definió así:

«La gran burguesía y el imperialismo han ahogado en sangre la democracia burguesa. Salvador Allende y la Unidad Popular se habían planteado “la vía chilena al socialismo” como una vía democrática, pluralista, realizada de acuerdo con la Constitución y con respeto a todas las ideologías y partidos políticos. Esta concepción ha caído derrotada militarmente el 11 de septiembre.

»La “pacífica y democrática burguesía chilena” recurrió a la violencia contrarrevolucionaria armada para aplastar el proceso de transformaciones estructurales, al precio de abjurar y traicionar todo lo que había sostenido en cuanto a su irrestricta adhesión a los valores de la vida cristiana, al régimen democrático, a las libertades individuales y al estado de derecho.»

Toda la barbarie desatada sobre el pueblo chileno para defender los intereses de grandes consorcios norteamericanos (Anacón, Kennecott, ITT, Esso Standard, Chase Manhattan Bank, First National City Bank, WR Grace) y los intereses estratégicos en América Latina del gobierno militar-industrial de Washington, ha tratado de ser encubierta por los generales y almirantes chilenos con invenciones fantásticas, como el burdo Plan Zeta, como las falsas «pruebas» de elementos pornográficos «encontrados» en la casa de Salvador Allende, y con declaraciones líricas y trágicamente cómicas como la de que «los militares no matamos a nadie», hechas por el general Pinochet Ugarte.

Cuando el lector termine de leer este libro, entenderá la fa-

lacia del llamado Plan Zeta, fantástica invención de los generales al servicio del Pentágono, hecha con tal apresuramiento y torpeza que el 17 de septiembre de 1973, el propio jefe de la Junta, Pinochet, declaraba a los periodistas sus dudas respecto al Plan Zeta: «Es muy posible que en realidad se estuviera fraguando ese autogolpe. Son tantos los rumores que han circulado. Es tanta la gente que está empeñada en crear dudas o inquietud en la población...» («La Tercera», 18 de septiembre de 1973).

¡Y eso era dicho el mismo día en que el general Oscar Bonilla, ministro del Interior, afirmaba que «los militares tuvimos que reaccionar... eran ellos o nosotros... nos levantamos para impedir la realización del Plan Zeta». Por otro lado, de la simple lectura del «documento» llamado Plan Zeta, exhibido más tarde por los generales y almirantes insurrectos, se desprende que la izquierda chilena «tenía preparado un ejército irregular de cien mil hombres», «había infiltrado regimientos completos» y poseía armas para dotar a «varias divisiones» para un «autogolpe» que «debería» desencadenarse el 19 de septiembre. Pues bien; el 11 de septiembre se demostró con los hechos que no había tal preparación, que las fuerzas de los trabajadores eran magras, incoherentes y desorganizadas, y que la «infiltración» en las fuerzas armadas era menos del uno por ciento. No había, pues, tal Plan Zeta.

No había más que el largo plan preparado, madurado y organizado en el Pentágono norteamericano, puesto en práctica en Chile, y montado sobre los cadáveres de miles de chilenos. Había la preparación meticulosa del asesinato del presidente Allende por un grupo de generales. Había la preparación minuciosa de la masacre de todo un pueblo, como en los tiempos más sangrientos de las tropas nazis en la asolada Europa. Esos son los hechos que el lector encontrará en este libro.

20 de junio de 1974.